

Jorge Gómez Izquierdo*

La conceptualización del racismo en Michel Foucault

Resumen | Foucault se encuentra con el racismo en sus múltiples exploraciones acerca de diversos dispositivos de saber-poder como lo son: el discurso histórico político, la psiquiatría de los anormales, la sexualidad en la teoría médica de la degeneración, las técnicas de los castigos, de la discriminación, del aislamiento y de la corrección/normalización de los *seres peligrosos*. En sus exploraciones, Foucault pone de manifiesto la pluralidad de fuentes donde se originan diversos racismos que fluirán hasta convertirse en tecnología imprescindible para la puesta en acción del biopoder del Estado moderno en la forma de racismo de Estado.

The Conceptualization of Racism in Michel Foucault

Abstract | Racism appears in many of Foucault's works on different entwined knowledge-power devices such as the historical and political discourse, the psychiatry of abnormal beings, sexuality in the medical theory of degeneration, and the punishment, discrimination, isolation and correction/normalization techniques of *dangerous beings*. In his multiple research projects, Foucault analyzes where the different kinds of racism are originated and how they convert into essential technological devices that implement the modern state's biopower in forms of State Racism.

Palabras clave | racismo – discurso de la guerra de razas – biopoder – sexualidad – racismo de estado

Keywords | racism – discourse of racial war – biopower – sexuality – state racism

INTENTO EN ESTE ARTÍCULO hacer un seguimiento de la forma en que Michel Foucault conceptualiza el fenómeno del racismo en varias de sus obras. El hecho de que el racismo no sea el problema explícito que aborda Foucault le da a sus observaciones cierto aire fragmentario; sin embargo, éstas son incisivas y estimulantes, y a manera de pistas pueden servir tanto para otras investigaciones como para las acciones políticas que pretendan enfrentar ese fenómeno en mejores condiciones para neutralizarlo o trascenderlo.

* Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo electrónico: rocamadour59@yahoo.com.mx

Me parece que el análisis foucaultiano constituye una aportación para entender al racismo en su origen histórico y en sus funciones políticas en tanto mecanismo que permite el ejercicio del biopoder,¹ esa modalidad del poder característica en los estados modernos. También nos facilita, gracias al conocimiento de su genealogía, comprender su capacidad de metamorfosis a lo largo de la historia y su influencia en la racionalidad política de todo estado moderno, con lo cual de algún modo nos advierte acerca de la improbabilidad de combatir al racismo a través de estrategias estatales como lo son las políticas públicas. La mirada de Foucault ubica al racismo como un mecanismo privilegiado del poder estatal, dado que forma parte de la racionalidad política del Estado.

*La mirada de Foucault
ubica al racismo como
un mecanismo privilegiado
del poder estatal, dado
que forma parte de la
racionalidad política
del Estado*

Podemos, con la guía de Foucault, seguir la génesis y transformaciones del racismo que atraviesan transversalmente los discursos historiográficos, biológicos, médicos y psiquiátricos, hasta su reubicación, después de la derrota nazi en la Segunda Guerra Mundial, cuando quedó extirpado de todo fundamento científico y, censurado por la opinión pública mundial como un equívoco malévolo, en el ámbito de las dife-

rencias culturales para, de esa manera, seguir expresando intacto su núcleo discriminatorio y excluyente en lo que desde hace algunas décadas se conoce como neo-racismo.

A Foucault se le aparece el racismo, por ejemplo, cuando hace la genealogía del discurso histórico-político sobre la guerra de razas tal como fue concebida durante el siglo XVI-XVII en las reivindicaciones populares y pequeñoburguesas en la Inglaterra antes y después de la revolución (1642-1689), y posteriormente en Francia dentro del discurso histórico de la aristocracia contra la monarquía

1 Con el concepto de biopoder Foucault señala una "profundísima transformación" de los mecanismos de poder que responde a una adecuación de éstos a los imperativos de control social del sistema industrial capitalista. Se trata de "un poder destinado a producir fuerzas...un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales". En la era del biopoder desde el siglo XVII el Estado asume "como función administrar la vida" de las poblaciones a través de una doble intromisión: de las disciplinas sobre el cuerpo individual y de las regulaciones/normalizaciones sobre el cuerpo-especie controlando los procesos biológicos de la población, lo que da paso a una biopolítica. La meta del biopoder que actúa por medio de las tecnologías disciplinarias y de las tecnologías regularizadoras/normalizadoras es "obtener la sujeción de los cuerpos y el control sobre la población" (Foucault 2011, 125-131).

de Luis XIV, y eventualmente contra la de Luis XVI (1774-1793). También se lo encuentra al describir la articulación de las tecnologías disciplinarias que actúan sobre el cuerpo individual (siglo XVII) con las tecnologías de regularización (siglos XVIII y XIX) que recubren el cuerpo social por medio del control de la sexualidad de la población. Y por supuesto, el racismo surge también del dispositivo de saber/poder médico-psiquiátrico-judicial contra los perversos, degenerados y anormales que en sus cuerpos y comportamientos llevan la potencia que amenaza la pureza de la raza superior que el Estado ha de proteger. En sus exploraciones genealógicas Foucault pone de manifiesto la diversidad de fuentes de las que brota el racismo, o mejor dicho, los racismos que fluirán hasta convertirse en tecnología imprescindible para la puesta en acción del biopoder del Estado moderno en la forma de racismo de Estado.

Foucault se topa con el racismo en los recorridos que lleva a cabo a lo largo y a lo ancho de la genealogía y funcionamiento de diversos mecanismos de dominación que se sustentan, a su vez, en dispositivos específicos de saber-poder como lo son: el discurso histórico político de la guerra de razas; el discurso de la psiquiatría-jurídica hacia los anormales; el de la sexualidad de la teoría médica de la degeneración; y el de las técnicas de la vigilancia y los castigos para aislar y corregir/normalizar a los seres peligrosos. Por tanto, no encontraremos en Foucault algo parecido a una teoría sistemática, ni en forma de una historia ni en la de una sociología sobre el racismo. “El fondo de mi problema —advierte Foucault— no es el racismo, [...]. Mi interés era —y sigue siendo— tratar de ver cómo apareció en Occidente cierto análisis (crítico, histórico y político) del Estado, sus instituciones y sus mecanismos de poder” (Foucault 2006, 85-86). Queda claro que el racismo, el racismo biológico del siglo XIX propiamente dicho, no es su tema, pero lo va delineando como un episodio particular del gran discurso de la guerra o lucha de razas que se origina entre los siglos XVII y XVIII.

La dimensión histórica-política del racismo

En *Defender la Sociedad* [curso impartido en el *Collège de France*, entre enero-febrero de 1976] Foucault aborda el problema del poder dentro del discurso histórico-político de la guerra de razas y el surgimiento del concepto de población en relación al nacimiento de la biopolítica. El concepto de racismo se vislumbra al ser descrita la transición de los mecanismos de dominación propios de la era del poder soberano monárquico, que resaltaba las glorias de los reyes, hacia una forma nueva, característica de la época del capitalismo industrial, para controlar a las poblaciones por medio de un biopoder, que no es otra cosa sino la transformación de las funciones del Estado que se plantea la administración de la vida de la especie humana. Se trata de un nuevo poder destinado a

defender a la sociedad de lo que empieza a percibirse como la peor amenaza contra su marcha sana y progresista: los peligros biológicos representados por la parte insana de la población. Con los conceptos de biopoder y biopolítica se hace referencia a la época (siglos XVII y XVIII) en que la preocupación del Estado por garantizar la vida, su buena reproducción, su fortaleza y administración se convierten en el foco central de diversas estrategias políticas. El biopoder descubre en el racismo una tecnología y una justificación para legitimar su intromisión en la vida de la población para separarla y jerarquizarla, pues se requiere tener los criterios que permitan al Estado discernir entre la población a la que se debe “dejar morir” y aquella a la que hay que proteger para “hacerla vivir”.

El biopoder descubre en el racismo una tecnología y una justificación para legitimar su intromisión en la vida de la población para separarla y jerarquizarla, pues se requiere tener los criterios que permitan al Estado discernir entre la población a la que se debe “dejar morir” y aquella a la que hay que proteger para “hacerla vivir”

Al plantear el problema de cómo analizar el poder, Foucault descubre un modelo de inteligibilidad del mismo dentro del discurso histórico-político de la guerra de razas elaborados entre los siglos XVI y XVIII. Foucault traza el camino que explica la transcripción del concepto de raza en términos de lucha de clases y también en los discursos que biologizan el tema de las razas hasta lograr su enganche como mecanismo estratégico del biopoder en la forma de racismo de Estado. Entonces la pregunta que se plantea es saber ¿cuál fue el proceso por medio del cual la contrahistoria de la lucha de razas llegó al racismo puro? ¿De qué manera ese discurso histórico-político dio paso a una biologización del discurso de las razas?

En los siglos XVI y XVII apareció un discurso, una forma de interpretar la historia, con pretensiones de verdad, que se contraponen al discurso hegemónico filosófico-jurídico por medio del cual el poder soberano del monarca se alababa a sí mismo e intensificaba sus efectos en términos de fortalecer la obediencia de los súbditos durante el Medievo. Foucault ubica el primer esbozo de ese contradiscurso histórico-político “extraño y novedoso” a finales de las guerras civiles y religiosas del siglo XVI, que logra ya una cabal formulación en la Inglaterra de la revolución burguesa (1640-1688) y que va a reaparecer a fines del siglo XVII en Francia como instrumento de lucha de la aristocracia contra la monarquía de Luis XIV (1643-1715). Este discurso sostiene que la guerra es el sustrato permanente de todas las instituciones del Estado y de la ley, y desplaza la

visión, entonces predominante, que atribuía a la sociedad una organización piramidal en favor de una visión binaria que explica a ese cuerpo social como dividido en dos grupos, por dos naciones o razas confrontadas eternamente, cuyo conflicto determina el carácter mismo del Estado, de sus instituciones y de las leyes. Es el saber histórico sobre la guerra y la conquista la que otorga un modelo para analizar y descifrar el poder, actuando al mismo tiempo como un modificador de él en el combate político que se expresa en la capacidad de decir la verdad de la historia. Las luchas políticas populares de la burguesía (en Inglaterra) a fines del siglo XVI y principios del XVIII, luego de la aristocracia contra el poder monárquico (en Francia) a principios del siglo XVII y a lo largo del XVIII se expresaron en el vocabulario de la lucha racial.

En Inglaterra, Foucault descubre la guerra como motor de la historia analizando todo un conjunto de relatos mitológicos, populares y aristocráticos que ponen en el centro el problema de la Conquista, del que se deriva el derecho de dominación. Los opositores al monarca normando, los *Levellers* o los *Diggers* hacían valer ese hecho histórico para reclamar la expulsión de los normandos e implementar un derecho puramente sajón, mientras que los seguidores del rey, como A. Blackwood en 1581, tomaban el mismo hecho para realizar su apología del derecho soberano normando sobre el sajón por medio de una interesante analogía: los normandos en Inglaterra tienen el mismo derecho que los europeos en América, es decir, el derecho que corresponde a la colonización. En ello Foucault descubre, como de paso, un “colonialismo interno”, “efecto de contra-golpe de la práctica colonial sobre las estructuras jurídico-políticas de Occidente” (Foucault 2006, 99–100). El tema de la conquista y su violencia guerrera como fundadora del Estado será, por cierto, confrontada por *El Leviatán* de Hobbes (1651) para neutralizarla y eliminarla con el argumento del derecho soberano monárquico que pone el contrato antes de cualquier violencia opresora: aunque haya habido violencia en el origen del Estado, son los súbditos atemorizados los hacedores de la soberanía del poder que los oprime (Foucault 2006, 98). En esos relatos los conflictos histórico-sociales entre vencedores y vencidos se traducían o codificaban en “unos discursos que eran los de la oposición de las razas” (Foucault 2006, 98). En Francia esa visión binaria racial es estudiada por Foucault en los relatos elaborados por eruditos historiadores de la aristocracia.

En los historiadores ingleses y franceses que formulan la lucha de razas como motor de la historia y sustrato del Estado, de la ley y de sus instituciones, el concepto de raza equivalía al de nación, y ésta a su vez tenía un sentido amplio, no estatal ni biológico; es decir, se usaba para caracterizar simplemente a un conjunto de individuos cohesionados por normas, reglas y lenguas propias. La aparición en este contradiscurso del concepto de nación como sujeto que hace su propia historia, resalta en importancia pues sirve de matriz a la idea de

la nación revolucionaria y también permite surgir los conceptos del nacionalismo, de la raza y de la noción de clase social. El cuerpo social, cada sociedad historiada en esos relatos, estaba constituido por la presencia en su interior de por lo menos dos razas/naciones contrapuestas y enfrentadas en una guerra sin fin. Los vínculos que las unen están determinados a través de la violencia de la guerra; por eso, aunque compartieran el mismo territorio, procuran no mezclarse para preservar así sus diferencias de privilegios y de derechos. Las luchas entre ellas se expresaban en términos de una guerra entre razas diferenciadas entre sí.

De esa manera se estableció una visión binaria de la historia que celebra Foucault por permitir el surgimiento de una nueva conciencia histórico-política en Occidente: la conciencia histórica de la revolución. Esto se explica por la importancia que la contrahistoria adquiere como forma privilegiada para las luchas políticas de aquellas épocas. La historia, su interpretación y escritura, se convierten en el escenario donde se dirime la lucha por el poder, en la cual cada grupo beligerante plantea su verdad en la historia como una reivindicación de sus derechos de raza. Se convierte en la forma generalizada en que diversos grupos e intereses plantean su crítica al poder establecido. Abre un campo *descentrado* en relación al poder y a sus rituales de legitimidad, pone en cuestión la validez de una *universalidad jurídica-contractualista* que es el apoyo donde el poder se legitima. La interpretación de la historia se convierte a partir de entonces en un arma para la lucha política y para la crítica del poder. Cada interpretación se asume como una verdad de lo que verdaderamente dio origen a la constitución del poder y a las relaciones de fuerza que de él se desprenden. La contrahistoria reforzará la posición de los grupos que luchan por el poder. El sujeto neutral, filósofo o actor jurídico, será desplazado en esos relatos por un nuevo sujeto beligerante que habla en nombre propio y que explícitamente toma partido y se ubica en uno de los polos del campo de batalla. Aparece, pues, la historia combativa de los sujetos/naciones/razas/pueblos quienes elaboran sus discursos para desarrollar una racionalidad de cálculos y estrategias guerreras.

El elogio y admiración de Foucault se explica, pues considera al discurso de las razas y su llamado a la insurrección como una de las condiciones que posibilitaron la aparición de una nueva conciencia histórica: “una conciencia absolutamente diferente del tiempo en la conciencia, práctica y la política misma de Europa”. Se trata de un discurso, que tomando la forma de la profecía bíblica, “casi hebrea”, convocará a la violencia para derribar el poder establecido. “Cuando nace el gran discurso sobre la historia de la lucha de razas, termina la Antigüedad” (Foucault 2006, 74-79). Es importante resaltar aquí una serie de características de este discurso de la contrahistoria de la guerra de razas que se

transmitirán directamente al racismo propiamente dicho dotándolo de su peculiar aptitud para la metamorfosis, que explicará su capacidad no sólo de sobrevivencia a todo tipo de censuras ideológicas y derrotas militares, sino sobre todo para tener la aptitud de adecuarse a las más distintas estrategias políticas de diferentes actores sociales. Por ejemplo, el discurso de la guerra de razas, aunque sustentó el “proyecto revolucionario de escribir una historia cuyo verdadero tema fuera el pueblo”, también alimentó la “descalificación de las subrazas colonizadas” (Foucault 2006, 76-79) por Europa, y avaló, por tanto, la gestión administrativa del biopoder de estados homicidas y genocidas. Este doble origen del discurso de la guerra de razas, popular-burgués y aristocrático, erudito y anónimo a la vez, posibilitará su instrumentalización en proyectos popular-revolucionarios o francamente reaccionarios o conservadores, sean éstos de raigambre burguesa, aristocrática o, incluso, socialista. Foucault, en este sentido, menciona que la gran capacidad de circulación de este dispositivo discursivo de la historia de la guerra de razas deriva de su visión binaria, que facilitaría “en sus sistemas de oposición...un instrumento, a la vez discursivo y político, que permitía a unos y a otros formular sus propias tesis...”. Este discurso, por tanto, nunca pudo ser patrimonio exclusivo de un grupo contra otro, lo cual marcará su capacidad metamorfoseante y polivalente en estrategias de diversos grupos (Foucault 2006, 100) y, al mismo tiempo, se convierte en la forma de crítica generalizada contra ese poder.

Entonces, tenemos que la guerra que narran los historiadores populares y burgueses en la Inglaterra de antes y después de la revolución (1642-1689), tanto como la que formulan los aristócratas franceses del siglo XVIII, y que Foucault usa como fuente de su genealogía, es la guerra de las razas que atraviesa a la sociedad y sus instituciones dividiendo al cuerpo social de modo binario. Y aunque el sentido del término “razas” en esos historiadores todavía no es biológico sino político e histórico, en su desarrollo se encuentran los elementos como las diferencias étnicas, de idioma, de vigor, de energía, de sojuzgamiento de una raza por otra, que se prestarán a una biologización dentro de los discursos de “biólogos racistas y eugenistas” durante el siglo XIX. Hay que insistir que el objetivo de Foucault al hacer la genealogía de la guerra de razas era encontrar un modelo de inteligibilidad que le permitiera explicar el poder y las relaciones de fuerza que lo constituyen; el tema de las razas aparece allí (siglos XVII y XVIII) y habrá que esperar casi un siglo para que pueda surgir el auténtico racismo, el biológico.

Foucault distinguirá entonces dos importantes transcripciones que experimenta el discurso de la guerra de razas. La primera de ellas se efectúa durante la revolución francesa en escritores del siglo XIX como Augustin y Amédée Thierry que trasladan la guerra de razas al ámbito civil de la lucha de clases. Y la

segunda transcripción se formula ya en los términos de una visión biologizante (antes de Darwin) que se articulará con los movimientos nacionalistas europeos y con la política de colonización imperialista en forma de un racismo biologista. A la transcripción en “lucha de clases” se arriba a través de un curioso proceso de autodialectización o aburguesamiento del discurso de la guerra de razas; el objetivo expreso de esta transcripción es diluir al máximo posible los efectos belicosos de la noción de la guerra para evitar a la sociedad la guerra sin fin, pues la dominación burguesa se encamina a la búsqueda de una pacificación y normalización sociales. La transmutación biologista de la lucha de razas, por su parte, se expresará en el molde de los conceptos de la teoría evolucionista y de la lucha por la vida. Ambas concuerdan en la necesidad de desterrar del cuerpo social la imagen binaria que la divide en dos campos raciales antagónicos. En su lugar se esforzarán en sustituirla por la idea de que, en vez de dos razas que se enfrentan, lo que debe caracterizar al cuerpo social es la existencia de una sola raza, que sin embargo ha producido una subraza que amenaza con degenerar el patrimonio biológico del conjunto.

Esas transformaciones son importantes pues establecen que de ahí en adelante lo que amenaza a la sociedad, y de lo que debe defenderse, es de un enemigo interno, un enemigo que es biológico y que deberá ser eliminado. En todo caso, el esfuerzo reside en neutralizar y diluir cualquier connotación que implique una guerra civil en términos de lucha militar. Habiendo sido colonizado por el poder estatal, ahora bajo dominio burgués, el viejo discurso de la guerra de razas que había articulado las batallas contra la monarquía absoluta se transforma en puro racismo que, como tal, funcionará dentro de las estrategias de control social interno, lo mismo que para la empresa de colonización del mundo extra europeo. El racismo aparece como una derivación de la matriz central discursiva de la historia política de la guerra de razas. Es interesante no olvidar, como nos lo recuerda Foucault, que el propio Marx habría reconocido su deuda intelectual con los historiadores franceses que relataban la lucha de razas, pues de ahí tomó prestado el concepto para formular el de la lucha de clases, que aún se toma como aporte original del marxismo. Pero no sólo el concepto de lucha de clases, sino también la idea de revolución, con sus promesas y profecías de liberación, como nos lo muestra Foucault, están asociados a esa contrahistoria cuyo elogio realiza, por lo cual nada de eso puede ser considerado como una aportación de la teoría marxista.

En cambio, se debe a los historiadores burgueses de la revolución francesa como A. Thiers el haber efectuado la sustitución de la noción de guerra de razas por el de la lucha de clases. Inmediatamente la misma idea de lucha de razas es recodificada (aunque aquí Foucault no señala a ningún autor en concreto) ya en un sentido biomédico. Se expulsa la idea de la guerra de razas junto con su

dimensión histórica para sustituirla por una comprensión médico-biológica, que es el recurso por medio del cual aparece el racismo propiamente dicho. Una transformación no menos importante: la exigencia de homogeneidad (imperativo nacionalista, aunque también eugenésico) con el destierro del tema de la sociedad binaria de las dos razas que da paso a la idea o aspiración de constituir una sociedad racialmente monista, homogénea. Y el Estado, que en la contrahistoria fue considerado la herramienta de una dominación injusta de una raza contra otra, será revalorado en la transcripción burguesa como “el protector de la integridad, superioridad y la pureza de la raza” en una sociedad que se imagina a sí misma racialmente homogénea ante sus enemigos biológicos, heterogéneos al cuerpo viviente de la sociedad: los extranjeros infiltrados y los desviados. “La idea de la pureza de la raza, con todo lo que implica a la vez de monista, estatal y biológico, es lo que va a sustituir la idea de la lucha de razas. Cuando el tema de la pureza de la raza sustituye el de la lucha de razas, creo —escribe cauteloso Foucault— que nace el racismo o se produce la conversión de la contrahistoria en un racismo biológico” (Foucault 2006, 81).

El racismo sería, por eso mismo, el intento por darle vuelta al carácter revolucionario del discurso de la guerra de razas. Al sustituir la idea de las razas en lucha por la de la raza única, a la que el Estado debe proteger, el racismo se convierte en arma antirrevolucionaria. Sustituye la crítica al Estado por “la conservación de la soberanía del Estado, una soberanía cuyo brillo y vigor no están asegurados ahora por rituales mágico jurídicos sino por técnicas médico normalizadoras. [...] La soberanía del Estado hizo así [del racismo] el imperativo de la protección de la raza, como una alternativa y un dique al llamamiento revolucionario, [...]” (Foucault 2006, 81).

Por eso, en cuanto atañe al racismo, la transcripción más importante que sufre el discurso de la guerra de razas la encuentra Foucault en la reinterpretación que los historiadores burgueses hacen de los conflictos y luchas que ocurrieron en la revolución francesa en términos de historia de las razas. La revolución aplaca así el gran peligro de la guerra en el sentido de una reconciliación social. Ello se describe como un aburguesamiento o autodialectización que abandona el registro de la guerra histórica para centrarse en lo biológico como guerra interna contra los elementos heterogéneos que nacen del propio cuerpo social. Dice Foucault: “Ya no batalla en sentido bélico, sino lucha en sentido biológico: diferenciación de las especies, selección de los más fuertes, mantenimiento de las razas mejor adaptadas, etcétera. Del mismo modo, el tema de la sociedad binaria, dividida entre dos razas, dos grupos extranjeros por la lengua, el derecho, etcétera, va a ser reemplazado por el de una sociedad que será, al contrario, biológicamente monista” (Foucault 2006, 80). Foucault ha llegado en su recorrido genealógico a establecer el origen del racismo y del racismo de Estado

en la matriz del viejo discurso de la guerra de razas, ha mostrado el aspecto revolucionario de éste y la manera en que ha llegado a convertirse en la prosa de un Estado que quiere administrar la vida como respuesta a la demanda social de protegerse de sus enemigos biológicos. En adelante, la cuestión a resolver consistirá en explicar de qué manera un Estado, que funciona en la modalidad del biopoder y que por eso declara que su objetivo mayor es proteger y asegurar la vida de la especie, debe y puede ejecutar los designios mortales contra miembros de su propio entorno o contra extranjeros infiltrados en su cuerpo que amenazan su marcha sana; y también habrá que resolver el problema de cómo justificar el genocidio colonizador. La respuesta yace en la refuncionalización del racismo como tecnología privilegiada del biopoder.

Biopoder, racismo y derecho de matar

La sociedad moderna que asiste a la aparición del régimen del biopoder es el campo de acción en el que el racismo surge y echa sus raíces. Funcionará como

"El racismo está ligado al funcionamiento de un Estado obligado a servirse de la raza, de la eliminación de las razas o de la purificación de la raza para ejercer su poder soberano; el funcionamiento, a través del biopoder, del viejo poder soberano..."

coartada para la colonización del mundo extra europeo; por tanto, servirá como coartada para el genocidio colonizador. El biopoder puede matar personas, poblaciones y civilizaciones gracias a los temas del evolucionismo, gracias al racismo, afirma Foucault. Lo específico del racismo moderno está vinculado a la tecnología del poder que requiere ejercer el derecho soberano sobre la vida y la muerte, pero resalta sobre todo ese papel como avalador de la muerte, que es una de sus funciones estratégicas. "El racismo está ligado al funcionamiento de un Estado obligado a servirse de la raza, de

la eliminación de las razas o de la purificación de la raza para ejercer su poder soberano; el funcionamiento, a través del biopoder, del viejo poder soberano del derecho de muerte implica el funcionamiento, instauración y activación del racismo. Y creo que éste se arraiga efectivamente ahí" (Foucault 2006, 233). El siglo XIX ha invertido el discurso de la guerra de razas en términos socio-biológicos con fines de conservadurismo social y de dominación colonial.

El concepto de biopolítica, que Foucault introduce sistemáticamente en sus lecciones del *Collège de France* [tanto en *Los Anormales*, enero-marzo de 1975; como en *Defender la Sociedad*] y en el libro *Historia de la Sexualidad. 1. La*

voluntad de saber [1976], sirve para hacer un deslinde analítico e histórico entre diferentes mecanismos de poder: contrapone el biopoder al poder soberano o de soberanía. El enfoque foucaultiano propone un nuevo concepto de poder cuando plantea analizarlo no en tanto algo que se posee o se transmite, sino en tanto relaciones de dominación que se ejercen concretamente y en situaciones específicas. Por eso, cuestiona al modelo jurídico de la soberanía por tratar al individuo como sujeto de derechos naturales, o dotado de poderes originarios, porque eso sancionaría una ficción: la génesis ideal del Estado como el resultado de la cesión voluntaria de los derechos individuales para dejarse sojuzgar por una instancia superior a cambio de protección. La ley aparece aquí como manifestación natural del poder. En cambio, el análisis del poder en términos de relaciones de fuerza quiere reconocer las diversas técnicas de coacción que el poder instauro. Para Foucault, el modelo de la guerra permite el análisis más certero para comprender al poder como fenómeno de dominación y resistencia.

La soberanía señala el derecho soberano sobre vida y muerte de los súbditos, aunque esta disposición no se ejerce en forma absoluta sino sólo en forma restringida con graves consideraciones. Su puesta en juego simboliza el punto extremo del ejercicio del poder soberano que en lo esencial funciona como “derecho de apropiación” a través de “mecanismos de sustracción” que culminaba en “el privilegio de apoderarse [de la vida misma] para suprimirla”. A este poder soberano que “hace morir o deja vivir”, se superpone desde el siglo XVIII una nueva forma de poder, que marca una profunda transformación en los mecanismos de dominación, cuya meta sería administrar la vida, asegurarla, desarrollarla y cultivarla, que trabaja en la excitación, reforzamiento, control, vigilancia, dirección y organización de las fuerzas sometidas. Este nuevo poder está dirigido a “producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblarlas o destruirlas” (Foucault 2011, 126). La escala de control disciplinar así establecida por un poder infinitesimal actúa sobre el cuerpo activo para hacerlo útil y productivo y, al mismo tiempo, para sujetarlo a una relación de docilidad y obediencia política. Las disciplinas sobre el cuerpo humano son las fórmulas generales de dominación, que con sus efectos positivos están ligados al sistema de producción del capitalismo industrial de una forma diferente a cómo los sistemas punitivos propios de las economías de la esclavitud, de la servidumbre o del vasallaje tenían una correlación estricta con los efectos de sus correspondientes sistemas de producción y formas diferentes de corregir, apropiarse, dominar o someter a los cuerpos individuales para obligarlos a trabajar para sus respectivos amos o señores. “Pero al exigir el sistema industrial un mercado libre, la parte del trabajo obligatorio hubo de disminuir en el siglo XIX en los mecanismos de castigo y fue sustituida por una detención con fines correctivos” y por un control disciplinar fabril que aumenta la fuerza

económica y, al mismo tiempo, disminuye esa fuerza en términos de obediencia política a través de una relación de sujeción estricta. Es la anatomía política como mecánica del poder industrial. Las técnicas disciplinarias y regulatorias aparecieron precisamente cuando el poder de soberanía se mostró inoperante para regir y controlar el cuerpo económico y político de una sociedad que en su proceso de expansión demográfica e industrial amenazaba con desbordar sus sistemas de control y de coacción tradicionales. (Foucault 2010, 34-35)

Con el concepto de biopolítica se hace referencia al proceso histórico en el que la vida se convierte en campo de intervención de la política y representa una fractura histórica en la praxis política. Desde esta perspectiva, la biopolítica es descrita como la forma moderna específica del ejercicio del poder. La biopolítica se considera como un cambio fundamental en el orden de lo político, en el sentido de que por primera vez en la historia lo biológico se refleja en lo político. Habría que hablar de 'biopolítica' para designar lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber médico-biológico en un agente de la transformación de la vida humana. Y esto está ligado estrechamente al desarrollo del capitalismo; es más, debe considerarse a ese biopoder sin lugar a dudas como "un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo" (Foucault 2011, 131). Precisamente por eso, se trata más que de una mera transformación inmanentemente política, pues entran en juego una serie de presupuestos históricos. Decisivo para el "ingreso de la vida en la historia" es el incremento de la producción industrial y agrícola en el siglo XVIII (que hicieron posible un crecimiento demográfico), tanto como el desarrollo de la medicina y del saber científico sobre el cuerpo humano". La "presión de lo biológico sobre lo histórico" que se había expresado en la forma brutal de las hambrunas, epidemias y enfermedades, dejó de amenazar directamente a la vida gracias a que a las nuevas tecnologías e innovaciones médico-sociales pudieron tomar un relativo dominio sobre la vida [...]. El poder y los procesos científicos tomaron en su mano los procesos de la vida para controlarlos y modificarlos (Foucault 2011, 131-132).

De ahí, Foucault puede formular la singularidad del biopoder como la disposición a "hacer vivir y dejar morir". Por eso el poder de muerte se subordina o se pone bajo el manto del poder sobre la vida que tiene que ver con seres vivientes, antes que con ficticios sujetos de derechos. Lo más interesante reside en la distinción que hace de las dos líneas de desarrollo que siguió desde el siglo XVII la tecnología política sobre la vida, que no son antitéticas sino que constituyen polos complementarios de relaciones: "Uno de los polos, al parecer el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina". Este tema del cuerpo individual como el foco de una serie de intervenciones disciplinarias para adiestrarlo en términos de aumento de su rendimiento económico y su integración en

sistemas minuciosos de control sobre el detalle del cuerpo moviéndose en el tiempo reticulado, es tratado con profusión en *Vigilar y castigar* [1975]. Se trata ahí de la *anatomopolítica* del cuerpo humano que persigue el crecimiento de su utilidad tanto como su debilitamiento en aras de lograr su docilidad política: sistemas de control eficaces y económicos característicos del poder disciplinar. “El segundo polo, formado algo más tarde, hacia mediados del siglo XVIII, se centró en el cuerpo-especie”; se trata de una tecnología reguladora-normalizadora que se enfoca en el cuerpo colectivo representado por una población. Por población Foucault entiende una unidad biológica que “sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad... Todos esos problemas son tomados [por el Estado] a su cargo por una serie de intervenciones y de *controles reguladores: una biopolítica de la población*” (Foucault 2011, 129-130). La totalidad de las expresiones concretas de la vida de una población se convierten en el objeto de una tecnología de seguridad que organiza el poder sobre la vida. Esta tecnología se enfoca en los fenómenos de masa y en las condiciones de una población para evitar los peligros que resultan de la vida en común de una población considerada como una totalidad biológica. En relación al cuerpo-especie, la población, entran en acción mecanismos de regulación o control como instrumentos centrales de la intervención de lo político sobre la vida, pues se aspira a lograr “...un equilibrio global que apunta a algo así como una homeostasis, la seguridad del todo ante sus peligros internos” (Foucault 2006, 225).

La paradoja de la biopolítica (que plantea el imperativo de asegurar la vida y prolongarla) reside en que en la medida en que la vida, su aseguramiento y mejoramiento se convierten en asunto político para el Estado, la vida misma es amenazada por un novedoso potencial de exterminio: “nunca las guerras fueron más sangrientas como a partir del siglo XIX e, incluso salvando las distancias, nunca hasta entonces los regímenes habían practicado sobre sus propias poblaciones holocaustos semejantes. Pero ese formidable poder de muerte —y esto quizá sea lo que da una parte de su fuerza y del cinismo con que ha llevado tan lejos sus propios límites— parece ahora como el complemento de un poder que se ejerce positivamente sobre la vida, que procura administrarla, aumentarla, multiplicarla, ejercer sobre ella controles precisos y regulaciones generales. Las guerras ya no se hacen en nombre del soberano al que hay que defender, se hacen en nombre de la existencia de todos; se educa a poblaciones enteras para que se maten mutuamente en nombre de la necesidad que tienen de vivir. Las matanzas han llegado a ser vitales. Fue en cuanto que gerentes de la vida y la supervivencia, de los cuerpos y de la raza, como tantos regímenes pudieron hacer tantas guerras, haciendo matar a tantos hombres. [...] Hoy, la situación atómica es el resultado final de ese proceso: el poder de exponer a una población a

una muerte general es el envés del poder de garantizar a otra su existencia” (Foucault 2011, 127). De ahí se entiende con precisión la fórmula de Foucault: “Los Estados más homicidas son también los más racistas”. El racismo hace posible el derecho de muerte en los regímenes del biopoder, asegura la función de la muerte en la economía reguladora del biopoder (Foucault 2006, 233).

La dimensión sexual del racismo

La tecnología disciplinaria y la tecnología de seguridad se diferencian no solo en sus metas e instrumentos, ni por el momento en que surgen, sino también por las instituciones en que se localizan. Mientras que la disciplina se desarrolla en el marco de instituciones aisladas y en diferentes campos de la acción social como el ejército, la prisión, la escuela, el hospital, la regularización de la población se organiza a mitad del siglo XVIII a través de la instancia centralizadora del Estado. En este contexto, importantes fueron la recolección de datos demográficos sobre la población, el cálculo estadístico de la duración o esperanza de vida y de los casos de enfermedad. De eso se distinguen dos series: “la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones; y la serie población-procesos biológicos-mecanismos reguladores-Estado”. Foucault enfatiza que la disciplina y la regulación constituyen dos “conjuntos de mecanismos que no se ubican en el mismo nivel. Esto permite que no se excluyan y que se articulen uno con otro. Hasta se podría sostener que, casi siempre, los mecanismos disciplinares y los reguladores están articulados entre sí” (Foucault 2006, 226). La disciplina no es una forma de la individualización que se ejerce sobre determinados individuos, sino que presupone siempre una multitud. De igual manera, la población representa la unificación y resumen de existencias individuales en una nueva forma política. Entonces, individuo y masa se consideran menos como oponentes que como dos aspectos de una tecnología política completa o polifacética. Tecnología que al mismo tiempo se dirige tanto al control del individuo-cuerpo como al de la especie humana. Además, la diferenciación entre ambas tecnologías políticas también se justifica sobre bases históricas. Por ejemplo, la policía era en el siglo XVIII al mismo tiempo un aparato disciplinario y un aparato de Estado, y la regulación estatal se apoyaba en el siglo XIX en una serie de instituciones sub-estatales (seguros sobre enfermedad o vejez, cajas de ayuda, uniones asistenciales, instituciones médico-higiénicas, etc.). En el transcurso del siglo XIX Foucault señala una asociación o acoplamiento entre ambos tipos de poder que él describe como “dispositivos” que llegan a acoplarse, no en el plano del “discurso especulativo”, sino en el plano de arreglos concretos en los que el dispositivo de la sexualidad ocupa un lugar sobresaliente y cuya investigación es el tema de su libro *Historia de la Sexualidad I*.

La voluntad de saber y que aparece reiteradamente en sus lecciones sobre *Defender la Sociedad*.

“[El sexo] Se sitúa en el cruce de dos ejes, a lo largo de los cuales se desarrolló toda la tecnología política de la vida. Por un lado, depende de las disciplinas del cuerpo: adiestramiento, intensificación y distribución de las fuerzas, ajuste y economía de las energías. Por el otro, participa de la regulación de las poblaciones, en razón de todos los efectos globales que induce [...], da lugar a vigilancias infinitesimales, a controles de todos los instantes, a reorganizaciones espaciales de una meticulosidad extrema, a exámenes médicos o psicológicos indefinidos, a todo un micro poder sobre el cuerpo; pero también da lugar a medidas masivas, a estimaciones estadísticas, a intervenciones que apuntan al cuerpo social por entero, o a grupos tomados en su conjunto. El sexo es, a un tiempo, acceso a la vida del cuerpo y a la vida de la especie. Es utilizado como matriz de las disciplinas y principio de las regulaciones. Por ello, en el siglo XIX, la sexualidad es perseguida hasta el más ínfimo detalle de las existencias; es acorralada en las conductas, perseguida en los sueños; se la sospecha en las menores locuras, se la persigue hasta los primeros años de la infancia; pasa a ser la clave de la individualidad, y es a la vez lo que permite analizarla y torna posible amaestrarla. Pero también se convierte en tema de operaciones políticas, intervenciones económicas (mediante incitaciones o frenos a la procreación), de campañas ideológicas de moralización o de responsabilización: se la convierte en índice de fuerza de una sociedad, revelando así tanto su energía política como su vigor biológico. De uno a otro lado de esta tecnología del sexo se escalona toda una serie de tácticas diversas que en proporciones variadas combinan el objetivo de las disciplinas y el de la regulación de las poblaciones” (Foucault 2011, 135-136).

El sexo, o dicho con más propiedad, la sexualidad, permite el anclaje del racismo como tecnología de la dominación en términos de una moral de la decencia, del cuidado de la descendencia por medio de una política eugenésica de obstrucción o en su caso de fomento a las uniones matrimoniales. La procreación

La procreación con inferiores debe evitarse a toda costa para salvaguardar la “pureza” de los más bellos y aptos. Ahí se establece otro vínculo con el racismo que convertirá a la sexualidad en blanco central para un poder organizado alrededor de la gestión de la vida. La sexualidad puede ser un foco de infección y amenaza de muerte

con inferiores debe evitarse a toda costa para salvaguardar la “pureza” de los más bellos y aptos. Ahí se establece otro vínculo con el racismo que convertirá a la sexualidad en blanco central para un poder organizado alrededor de la gestión de la vida. La sexualidad puede ser un foco de infección y amenaza de muerte. Dada su vital importancia, el biopoder despliega un ataque en cuatro frentes que determinan una auténtica política del sexo a partir de enlazar las técnicas disciplinarias con las reguladoras: la primera línea de ataque para someter al sexo a los requerimientos del biopoder es la exigencia de disciplina sexual para garantizar a la especie una descendencia sana; la segunda exige la regulación de la sexualidad infantil para evitar la sexualidad precoz que, de acuerdo con los parámetros médicos y eugenésicos, constituye una amenaza epidémica para la raza; por eso se expresa en los términos de una campaña por la salud de la raza. Estas dos primeras líneas de la política del sexo van encaminadas a generar una conciencia de responsabilidad individual y familiar por la salud colectiva; una tercera táctica consiste en la histerización de las mujeres, que requiere de una estricta medicalización de su cuerpo sexual justificada en la responsabilidad que la ciencia médica les atribuye sobre la salud hereditaria, de sus hijos y de la sociedad, y para el encargo que adquieren para mantener sólida a la institución familiar; y la cuarta táctica de esta política del sexo consiste en establecer métodos de control natal y de psiquiatrización de las llamadas perversiones. Se aspira a una regularización de las conductas y hábitos que parten del adiestramiento de los cuerpos individuales.

A esa política del sexo, Foucault agrega una explicación muy sugerente para entender por qué a la burguesía le interesó tanto dotarse de un cuerpo sexualmente disciplinado. Ello se entiende por la analogía que relaciona la importancia que la sangre, en tanto criterio diferenciador y de valoración de los linajes, tuvo para que la aristocracia resaltara sus virtudes y justificara su superioridad sobre las demás castas sociales. Esa función simbólica que la sangre jugó en la consolidación de un *racismo aristocrático*, será retomada por la sexualidad para resaltar sus aspiraciones de supremacía. La sexualidad disciplinada que propugna la burguesía es congruente con el objetivo del biopoder en su búsqueda de avalar la reproducción sana y del aumento del vigor de la especie, pero también satisface el deseo de mostrar una superioridad en la capacidad de dominio del cuerpo sexual como una manera de garantizar la vitalidad del cuerpo social, la salud de la raza y el porvenir de la especie. De hecho, esa idea o imperativo de controlar las apetencias sexuales por medio de la razón pasará a formar parte de las características que el racismo atribuye a las razas superiores; por el contrario, la incapacidad de domeñar la sexualidad será una marca característica de las razas inferiores. Los resultados de la articulación de las disciplinas con las regulaciones sobre la sexualidad durante el siglo XIX, “hicieron pasar a

nuestras sociedades de una *simbólica de la sangre* a una *analítica de la sexualidad*. [...] Si hay algo que esté del lado de la ley, de la muerte, de la transgresión, de lo simbólico, ese algo es la sangre; la sexualidad está del lado de la norma, del saber, de la vida, del sentido, de las disciplinas y de las regulaciones” (Foucault 2011, 137-138).

Foucault hace emanar de esa *analítica de la sexualidad* los sueños eugenésicos de perfeccionamiento de la especie a través de selecciones rigurosas para “determinar los buenos matrimonios, de provocar las fecundidades deseadas, de asegurar la salud y la longevidad de los niños”, que no se desprende de la temática de la raza, sino que la usa para [en forma de preocupación por la pureza de esa sangre] reforzar los dispositivos de encauzamiento disciplinar y normalizador de la sexualidad. “El racismo se forma en este punto (el racismo en su forma moderna, estatal, biologizante): toda una política de población, de la familia, del matrimonio, de la educación, de la jerarquización social y de la propiedad [...], las conductas, la salud y la vida cotidiana recibieron entonces su color y su justificación de la preocupación mítica por proteger la pureza de la sangre y de hacer triunfar a la raza” (Foucault 2011, 139-140).

Siendo pues el sexo la bisagra entre ambas formas de poder, se resalta su importancia tanto en el nivel micro del cuerpo como en el nivel macro de la población. En la disciplina del comportamiento sexual individual y en lo tocante a los procesos biológicos de la población a través de la procreación, la biopolítica tiende a establecer “normas” adecuadas al buen comportamiento sexual, ello para proteger a la especie y corregir a los individuos desviados. En este contexto el concepto de “norma” adquiere un papel clave. El viejo poder soberano sobre vida y muerte que trabajaba sobre el fundamento del código binario del derecho, retrocede en el contexto de lo biopolítico para ubicarse detrás de la norma. La lógica del derecho natural afincado sobre el campo de la soberanía sobre la muerte, es recubierta por la lógica de una “sociedad normalizadora” que actuará sobre los cuerpos y la población en

“El racismo se forma en este punto (el racismo en su forma moderna, estatal, biologizante): toda una política de población, de la familia, del matrimonio, de la educación, de la jerarquización social y de la propiedad, [...], las conductas, la salud y la vida cotidiana recibieron entonces su color y su justificación de la preocupación mítica por proteger la pureza de la sangre y de hacer triunfar a la raza”

términos de valor y rendimiento para organizar y proteger la vida de la especie. Todos los sujetos, masa e individuos, deberán regirse por normas de comportamiento alrededor de las cuales se ordenan y organizan. Lo que está en riesgo no es la existencia jurídica de una soberanía sino la sobrevivencia biológica de una población.

La tecnología racista es múltiple en sus efectos y su utilidad no se circunscribe exclusivamente a la de ser la garantía para ejercer la potestad sobre la muerte. Foucault en *Defender la Sociedad* distingue una serie de funciones del racismo dentro de las estrategias biopolíticas.

Una primera función del racismo se dirige a establecer jerarquías que rompen o fracturan el continuum biológico de una población determinada. Al clasificar a la población en razas buenas o malas, bellas o feas, capaces o incapaces, el racismo regala al biopoder estatal el criterio de separación para determinar quién “debe vivir” y a quién hay que “dejar morir”

Una primera función del racismo se dirige a establecer jerarquías que rompen o fracturan el *continuum* biológico de una población determinada. Al clasificar a la población en razas buenas o malas, bellas o feas, capaces o incapaces, el racismo regala al biopoder estatal el criterio de separación para determinar quién “debe vivir” y a quién hay que “dejar morir”. El racismo cumple aquí el papel de separador de la especie humana en subespecies o razas diferenciadas. Subdivide al cuerpo social en razas y permite al biopoder tratar a la población como una mezcla de razas. Si el discurso del siglo XVII-XVIII de la lucha de razas había establecido la imagen de una sociedad binaria escindida en razas contrapuestas, el siglo XIX, con su temática sobre la población a la que hay que proteger, va a representar la aspiración de constituirse como una sociedad racialmente

monista. La pluralidad de razas es desplazada por la imagen de una sociedad mono-racial que se sentirá amenazada por todas partes. Por eso Foucault habla del racismo que la sociedad ejerce contra sí misma, contra sus propios ciudadanos, de ahí que la purificación permanente se convierta en una dimensión fundamental para normalizar a la sociedad. En esta perspectiva, la homogeneización racial y de costumbres, tanto como la clara jerarquización entre buenos y malos, superiores e inferiores, va a representar estrategias complementarias en esa normalización según los criterios de seguridad biológica. Homogeneizar y jerarquizar representan estrategias complementarias.

Una segunda función del racismo permite al Estado el ejercicio del biopoder en términos de hacer efectivo su derecho de soberanía para condenar a muerte o multiplicar los riesgos de vida a las llamadas razas inferiores. Establece una relación no ya guerrera sino biológica para eliminar, neutralizar o excluir del cuerpo social a todos aquellos elementos (inferiores, incapaces, anormales, enfermos, degenerados, pervertidos) que con su sola presencia se consideran amenazas para la fortaleza, vigor y reproducción de la parte sana de la sociedad. El enemigo de la sociedad, y del que con ahínco debe defenderse, será no una amenaza política-militar, sino biológica. La eliminación de ese peligro es la garantía para el despliegue de la raza superior. En esta sociedad moderna del biopoder resalta la importancia de la distinción entre normal y anormal para inventar al enemigo biológico que debe ser eliminado para garantizar la vida sana y normal de la raza superior y del cuerpo social en su conjunto. La norma biológica (moral, sexual, de conducta) que establece el racismo legitima la eliminación de los inferiores y justifica el ejercicio del biopoder del Estado. Aquí el racismo permite no solamente una jerarquización de lo que es digno de vivir, sino que pone la salud de unos en relación directa con la desaparición de otros. “La muerte de los otros no significa sencillamente mi sobrevivencia en términos de que aumente mi seguridad personal. La muerte de los otros, la muerte de las razas malas, las razas inferiores, degeneradas o anormales, hará la vida en general más sana”.

En esta segunda función el racismo va más allá. No se circunscribe a marcar una línea de separación entre “sana” y “enferma”, entre “digno de vivir” e “indigno de vivir”, sino que establece una relación positiva del tipo “cuanto más dejes morir, más, por eso mismo, vivirás” o en otras palabras: “si quieres vivir, es preciso que hagas morir, es preciso que puedas matar”. Por lo tanto, el racismo posibilita una relación dinámica entre la vida de unos y la muerte de otros, pero también abre el camino que posibilita el suicidio de la propia raza. El racismo permite no solamente una jerarquización de lo que es digno de vivir, sino que pone la salud de unos en relación directa con la desaparición de otros. Proporciona el fundamento ideológico para identificar al otro, expulsarlo, combatirlo e incluso asesinarlo en nombre del mejoramiento de la vida. Y esa disposición mortal, posibilitará que el poder exponga a su propia raza “al peligro absoluto y universal de la muerte”. La eliminación de parte de la propia raza se ve como una manera de garantizar la regeneración y superioridad de esa raza a la que por definición debería proteger (Foucault 2006, 230-235).

El estado moderno, en esta sociedad que se imagina como una totalidad biológica a conservar en su estado puro, se asume como la instancia central que conduce y gobierna y protege a la sociedad de los enemigos. El racismo determina así la racionalidad y orientación del estado y sus políticas desde

finés del siglo XIX. No es una cuestión de maldad de las élites, sino de presupuestos que hacen funcionar a los aparatos del Estado y determinan sus políticas concretas hacia su propia población. Nos encontramos ante el racismo de Estado.

Cuando a fines del siglo XIX el Estado se asume como protector de la pureza de la raza, el racismo de Estado ha surgido como ente biológico y centralista. Tuvo dos expresiones paroxísticas: el Estado nazi y el Estado soviético. Mientras que el primero tuvo un carácter extrovertido apoyándose en toda una mitología popular y recuperando temas del viejo discurso de la lucha de razas, exaltando la idea de una sangre superior, el modelo soviético instauró la discreción de una policía médica para transformar al enemigo de clase y al disidente político en enemigo de raza y así poder eliminarlos.

El proyecto de una sociedad sin clases se volvió en un proyecto de una sociedad sanitaria en los marcos del socialismo de Estado, que trató a sus adversarios políticos como “enfermos” o “locos”, es decir, como amenazas biológicas a ser extirpadas del cuerpo social. El proyecto soviético refuncionaliza lo que Foucault trata en el caso de *Los Anormales* [curso impartido en el *Collège de France* entre enero-marzo de 1975]. Ahí asistimos a la descripción de una de las configuraciones más poderosas para el racismo de Estado sustentado en la consolidación del saber-poder psiquiátrico-judicial. Convertida por impulso propio en la ciencia de la protección biológica de la especie humana y de calificación de las conductas, la psiquiatría-judicial hará nacer un nuevo tipo de racismo que se dirige contra el anormal, entendido como encarnación de la degeneración biológica que amenaza a la sociedad. Por medio de la psiquiatría, la sociedad identifica el peligro en el cuerpo de los anormales que de alguna forma ha engendrado en su propio seno. Defensa y protección son sus lemas: “la psiquiatría funciona esencialmente como defensa social, o para retomar los términos del siglo XIX, como caza de los degenerados”. Se trata aquí de un racismo cuyo objetivo es la detección, en el interior mismo del grupo, de todos los que puedan ser portadores efectivos del peligro. Racismo interno que permite filtrar a todos los individuos dentro de una sociedad dada. El nuevo racismo, el neo-racismo que es característico del siglo XX como medio de defensa interna de una sociedad contra sus anormales, nace de la psiquiatría y el Estado soviético no hace otra cosa que utilizarlo contra sus disidentes.

La instauración del racismo de Estado articuló la voluntad para destruir al adversario racial-biológico y se convirtió en la base para la defensa social. Pero esta voluntad de eliminar al enemigo tuvo que articularse con la voluntad explícita del Estado por convertirse en gestor y protector de la vida y eso fue posible gracias al racismo. La preocupación racista por la pureza se convirtió en norma médica-higiénica: higiene racial e higiene sexual fueron las estrategias

que implantaron el imperativo de defender a la sociedad de sus enemigos biológicos. Para Foucault el racismo moderno posee una serie de presupuestos analíticos. Ante todo considera que el racismo no es una mera construcción ideológica ni una situación excepcional ni tampoco una mera respuesta a la crisis social. Según Foucault el racismo es la expresión de una fractura social que se acciona a través de una representación biológica de una purificación permanente del cuerpo social. Este racismo no se concretiza en la acción de individuos, sino que se estructura en campos de la acción social, de la que se derivan prácticas políticas y se materializa en aparatos estatales.

Conclusión

Podemos concluir que los estudios sobre el racismo tienen que agradecer al análisis de Foucault sobre el *biopoder* en la medida en que entiende que los regímenes descubren que el racismo no se reduce a un problema en relación sólo con los súbditos, tampoco simplemente con un “pueblo”, sino con una “población” con problemas específicos. El análisis foucaultiano sensibiliza para comprender la polivalencia táctica del discurso de razas que abre la posibilidad de que sea usado por grupos con los intereses más contradictorios mostrando una asombrosa capacidad interna de transformarse y adecuarse a diversas situaciones históricas. Entendiendo esto, no debemos asombrarnos de la reaparición del racismo en estrategias neo-racistas modernas que ya poco tienen que ver con diferencias biológicas y que más bien ponen a circular diferencias culturales que se presentan como el nuevo y formidable valladar contra la integración de diversos actores étnicos y sociales en el marco del cuerpo social completo. Además, considero que la conceptualización que lleva a cabo Foucault sobre el racismo nos debería poner alertas ante la idea de que el racismo pueda ser combatido eficazmente a través del Estado, de sus políticas e instituciones, por lo menos si antes no se lleva a cabo una revisión profunda sobre el presupuesto de que al Estado le corresponde hacerse cargo de la vida de la población y gestionarla.

Por último, debemos tener siempre presente, tal vez para evitar ilusiones en su tratamiento analítico y para evitar errores políticos en su combate, la capacidad de metamorfosis que muestra el racismo y que se vincula a la vieja historia de la guerra de razas. Este fue un discurso que se dirigía contra el poder soberano establecido y contra su autorrepresentación y principios de legitimidad. A través de las transcripciones que Foucault señala en ese discurso de las razas, el proyecto político de liberación desemboca en la preocupación racista por la pureza biológica y de la promesa profética revolucionaria se deriva la orientación médico-higiénica de la norma. De la lucha contra la sociedad y sus exigencias se

llega al imperativo de la defensa de la sociedad contra sus enemigos biológicos. Y de un discurso contra el poder se deriva un discurso del poder. De ahí se puede entender la fórmula de que el racismo es literalmente el discurso revolucionario al revés. El análisis foucaultiano concientiza para comprender el discurso de las razas en su polivalencia táctica y en su capacidad interna de transformarse; eso permite advertir la manera en que se hace posible la aparición de estrategias neo-racistas que ya poco tienen que ver con diferencias biológicas, sino que más bien hacen valer diferencias culturales insuperables entre etnias, pueblos y grupos sociales. Y por si fuera poco, ilumina de manera convincente la ligazón entre la preocupación por disciplinar la sexualidad y someterla a una serie de normas con el surgimiento del racismo moderno. ■

Referencias

- Foucault, Michel (1975²). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores, 2010.
- (1976). *Historia de la Sexualidad 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores, 2011.
- (1999). *Los Anormales*. Curso en el Collège de France (1974-1975). México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- (1997). *Defender la Sociedad*. Curso en el Collège de France (1975-1976). México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

2 Entre paréntesis señalo el año de aparición de las primeras ediciones en francés, mientras que las referencias bibliográficas a las obras de Foucault en el cuerpo del artículo aluden al año de la edición en español que he consultado.